

Paula ñam, ñam...

MERCÉ VIANA



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración

Antonio Perera

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicitat

Maquetación

copion

Fotomecánica

copion

Impresión

Brosmac, S.L.

Depósito legal:

ISBN: 978-84-92795-50-5

© Mercé Viana

© DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es

Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

Paula ñam, ñam...

MERCÉ VIANA



Mercé Viana



¿Conoces a la autora?

Mercé Viana, de signo Libra y escritora mediterránea, nació en Alfafar.

Es licenciada en Ciencias de la educación compagina la creación literaria con la elaboración de materiales didácticos.

Ha sido galardonada con diversos premios de Innovación Educativa de la Consejería de Cultura, dos becas literarias de la Diputación de Valencia y diferentes

premios literarios: Vila Benetússer, La Forest d'Arana, Vicent Silvestre de la Ciudad de Alzira, Carmesina, Samaruc...

Ha participado en programas de radio y mesas redondas sobre literatura infantil.

Tiene publicadas más de setenta publicaciones pedagógicas entre libros, cuadernos y artículos, así como más de sesenta obras de literatura infantil, juvenil y poesía, entre las que podemos citar: *Un mago de cuidado*, *Un brujo que embruja*, *El sabio Cirilo*, *El vampirillo sin dientes*, *Los sueños de Khadim*, *Paula menjaforats*, *L'ampla mar de Jules Verne*, ¿Qué le pasa al abuelo?

También sabemos que le gusta la poesía, viajar y contemplar su mar.

Rellena tu ficha



Mercé Viana es de

.....

Su signo del zodiaco es

..... es licenciada en

.....

Compagina la creación literaria
con.....

.....

Y ha obtenido premios

..... de Innovación

.....

y algunas.....

Escribe en.....

¿Cuál es el otro género literario

por el que Mercé siente afición?

.....

Escribe el nombre de otros cuentos
publicados en esta colección:

.....

.....



***De cómo el estómago protesta
sin esfuerzo porque Paula no
lleva almuerzo***

— ¡ **U** u u u u u u u u u u u u u u a -
aaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhhhhhhhh!

Era la señal esperada. Los pellizcos del estómago eran cada vez más fuertes. Tanto, que no estaba segura de poder aguantar ni un minuto más.

Paula sabía muy bien que solo aquel bendito sonido le regalaría el respiro imprescindible en la obligada jornada escolar. Salir al patio, sentir la libertad del aire, poder correr, buscar el nido de pájaros que había descubierto el día anterior, gritar como le

diera la gana sin que el maestro la regañara y, naturalmente, acabar con el murmullo interno de hambre incontrolada, gracias al pan con jamón y queso que su madre le había preparado por la mañana. ¡Eso sí que era bueno de verdad!

Con la sonrisa de un caníbal hambriento delante de los manjares más exquisitos, abrió la bolsa y...

—¡Ostras! ¡Se me ha olvidado el almuerzo! —exclamó tan fuerte que todos clavaron la mirada en su persona.

La sonrisa se le quedó congelada, como si se tratase de la sonrisa de una foto y, lentamente, los labios parecieron caer a tierra.

El bullicio interno aumentaba. Era como si todas las orquestas del mundo se hubieran dado cita en su interior,

mientras que, contradictoriamente, la sensación de vacío se iba extendiendo por todo su cuerpo:

—¡Croec! ¡Xrup! ¡Clop! ¡Groac!

—¡Qué charanga! ¡A mis tripas les va la marcha! —dijo Paula con cara de desesperanza.

Las compañeras y los compañeros habían desaparecido de la clase con una rapidez mágica y Manuel, el maestro, estaba preparándose para salir al patio. Paula, con los ojos llenos de súplica, le pidió:

—Maestro, ¿me da permiso para ir a casa? Es que me he dejado el almuerzo...

Y Manuel, que siempre que podía hablaba haciendo rimas con las palabras, le contestó, levantando la mano derecha:

—¡Ay, niña sin una piña, ni pensarlo, ni tampoco soñarlo! Si no te trajiste almuerzo, te quedarás sin refuerzo.

Dicho esto, Manuel salió de clase.

Paula, con la cabeza llena de pensamientos negros contra el maestro, volvió a su silla. Si no tenía almuerzo tampoco saldría al patio. Solamente le faltaba ver cómo sus compañeros y compañeras se comían el bocadillo, pensaba la criatura.

El concierto interior descontrolado continuaba y Paula comenzó a pensar en las cosas que podrían calmar su estómago furioso.

Lo primero que se le ocurrió fue contarle el partido de baloncesto que había visto en la tele el domingo anterior, pero:

—Mejor no, porque... ¿y si a los estómagos no les gustan los partidos de baloncesto?

A continuación pensó en contarle la última película de Indiana Jones, pero...

—Mejor no. Podría ser demasiado violenta para un estómago que sufre.

Después de descartar contarle un chiste, bailar una jota y hasta decirle cosas bonitas, consideró que la solución más acertada sería silbar canciones.

—¿No dicen que la música amansa a las fieras...?

Paula comenzó a silbar una balada, después siguió con un rock duro y acabó con una marcha militar. Pero ni flores. Los ruidos, en lugar de disminuir, parecían animarse más.

De pronto, como hipnotizada, se quedó mirando fijamente su mesa. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? El tablero tenía una decoración más que interesante. Una decoración en la que, con toda seguridad, habían participado todos y cada uno de los niños y niñas que, un año tras otro, habían ocupado el lugar que ahora ocupaba ella. En aquella mesa ya no cabía nada más: miles de rayas geométricas, centenares de dibujos diminutos, docenas de manchas y agujeros de todas las medidas y profundidades imaginables pintadas, eso sí, con diversas sustancias líquidas.

Al mismo tiempo, una idea iluminó su cerebro. La solución a su problema había llegado finalmente.

—¡Ya sé lo que he de hacer! ¡Comer alguno de estos agujeros! Por lo menos, llenaré la tripa.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, Paula cogió un agujero de la mesa decorado con aceite de atún.

—Huuuummm, ¡qué bueno! Probaré otro. A ver, a ver..., cogeré, cogeré... ¡este de color verde!

Cogió otro agujero que habían decorado con tinta de rotulador verde y, con mucho cuidado, se lo llevó a la boca. Lo paladeó con placer y...

—¡Caramba! ¡Qué sabroso está! Parece uno de los caramelos de menta que Rosa vende en su tienda.

Paula, animada por el descubrimiento, no se lo pensó las tres veces que hay que pensar antes de tomar una decisión y se comió todos los agujeros de la mesa. Después del agujero verde, continuó con otro que habían hecho con un lápiz roto, des-

pués cogió otro de uña nerviosa y, al acabarlo, se decidió por uno de bolígrafo Bic...

Un momento más tarde, la mesa quedó tan lisa y limpia que parecía acabada de estrenar.

—¡Guau y requeteguau! ¡Qué invento tan fabuloso! A partir de ahora, ya se me pueden olvidar todos los almuerzos del curso, que, mientras queden mesas en la escuela, la menda no pasará hambre.

En aquel momento:

— ¡ U u u u u u u u u u a -
aaaaaaaaaaaaahhhhhhhhhhhhhh!

La sirena de la escuela anunciaba que la media hora de esparcimiento en el patio había finalizado y, por lo tanto, alumnado y profesorado tenían que volver de nuevo a clase.

Cuando los compañeros y compañeras entraron, fijaron la mirada en Paula, que, con delectación, se tocaba la tripa satisfecha por aquel festín tan insólito.

Como la vieron tan feliz, todos pensaron que quería disimular su mal humor por no haber podido almorzar y, sin ninguna consideración, iniciaron una serie de preguntas muy capciosas:

—¿Has almorzado bien, Paula?

—¡Y tanto! ¿No la veis cómo se rasca la tripa? ¡Ja, ja, ja!

—¡Igual se ha comido el aire de la escuela!

—¡O quién sabe si se ha tragado todos los sonidos del patio!

—¡Ja, ja, ja!

Las compañeras y compañeros se reían bien a gusto, hasta que llegó el maestro:

—¿Se puede saber qué pasa aquí, tirurá tirurí? ¿Qué escándalo es este que parece una excursión campestre?

Todos se callaron y se fueron a su lugar de trabajo.

El maestro, satisfecho por la respuesta sin palabras, se dirigió hacia Paula para interesarse por ella, pero al ver su mesa exclamó:

—¡Ohhh y super-ooohhh! ¡Qué brillante! ¡Qué deslumbrante! ¡Qué mesa, tan chispeante! ¡Pero si antes era un horror y ahora es un primor!

Las compañeras y compañeros de Paula, que no se habían dado cuenta, se levantaron de sus sillas y acudieron a verla.

Manuel aprovechó la ocasión para hacer uno de sus discursos. Carraspeó un poco, levantó la cara tanto



como pudo y, señalando con el dedo índice la mesa en cuestión, comenzó su razonamiento:

—¡Mirad, mirad! Mirad esta mesa tan brillante, tan reluciente, tan resplandeciente. Esta obra inigualable y loable es el resultado de una alumna como ninguna. Mientras vosotros jugabais como unos descosidos, Paula ha dedicado su tiempo a embellecer a su compañera. Una compañera que pacientemente la espera todos los días para servirle de soporte en sus quehaceres escolares. ¿No es este un detalle emocionante?

Nadie entendía lo que pasaba. Paula pensaba que el maestro se había vuelto loco y los niños y niñas creían que el hambre había trastornado a su compañera, que ahora se

dedicaba a limpiar en lugar de jugar con ellos. Manuel continuaba con su reflexión...

—¿Y sabéis por qué vuestra compañera ha hecho tan noble trabajo, sin agua ni estropajo?

—¡Nooo! —contestaron los demás.

—La cosa es bien sencilla, alumnos risueños: Paula, vuestra compañera, ha tenido que sufrir en el día de hoy la terrible sensación de hambre. Sí, de hambre.

Nicolás, un niño muy espabilado, se dirigió a Manuel y le preguntó:

—Pero, maestro, ¿qué tiene que ver el hambre con la limpieza de la mesa?

Y el maestro, un poco indignado, le contestó:

—Pues, está bien claro, grupo de ignorantes. El hambre te hace reflexionar y también actuar sobre las cosas más serias del mundo. Y una de las cosas más serias del mundo es, sin duda, tener la mesa de trabajo muy limpia y muy brillante.

Paula, al escuchar las últimas palabras de Manuel, no se pudo aguantar y explotó en una risa grande, estrepitosa y contagiosa. Cogió los libros, la carpeta y el resto de las cosas, las puso todas dentro de su mochila, se levantó de la silla y, sin parar de reír, se fue de la escuela, dejando al maestro y a los compañeros completamente desconcertados.